

MARÍA LLADRÓ

VALUISMO

Reinventando
la economía
global



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
VALUISMO	19
1. Reinventar el sistema económico y social.....	21
2. Priorizar la generación de valor en el sistema.....	26
PRIMERA PARTE	
BINOMIOS	33
1. Consciencia o inconsciencia.....	35
2. Repetir o crear	39
3. Escasez o derroche	42
4. Público o privado.....	47
5. Corto o largo plazo.....	52
6. Distribución o concentración.....	55
7. Rapidez o lentitud.....	59
8. Jóvenes o mayores	61
9. Aprender o desaprender	62
10. Estanco o transversal	65
11. Cuantitativo o cualitativo	66
12. Cosas o personas.....	67
13. Competir o cooperar	69

14. Valentía o cobardía	70
15. Síntomas o causas	71
16. Liderazgo o poder	72
17. Beneficio o valor	73
SEGUNDA PARTE	
CONCEPTOS	75
1. Libertad.....	77
2. Administración de justicia.....	79
3. Conflicto de interés	83
4. Planeta	86
5. Mujer	89
6. Violencia alentada	91
7. Consumismo	93
8. Talento.....	94
9. Sencillez	95
10. Bien social.....	97
11. Responsabilidad callada.....	98
TERCERA PARTE	
ENTORNO ECONÓMICO.....	99
1. Mercado de valores	101
2. El mito del crecimiento.....	106
3. Tamaño de las empresas	107
4. Gestión de plazos	110
5. El Estado y el ámbito público.....	111
6. Recaudar y gastar	116
7. Madeja de inercias.....	121
CUARTA PARTE	
ENTORNO POLÍTICO	123
1. Movimientos populares.....	125
2. Organismos internacionales.....	128
3. Gobernanza global.....	129

QUINTA PARTE	
DISTORSIONES	133
1. Relato financiero	135
2. Leyes de desigualdad.....	137
3. Desprotección de datos	138
4. Marketing para «timar».....	141
5. El dilema sobre las personas	142
6. Prioridades ficticias	144
TIEMPO DE CORAJE	145
1. ¿Viviremos?	147
2. Era consciente.....	149
3. <i>Think tank valuismo</i>	150
4. Acción	158

INTRODUCCIÓN

Este libro recoge mis ideas más personales y meditadas sobre las transformaciones necesarias de nuestro sistema económico global, así como de los valores y las creencias que lo sustentan. Lo escribo desde la mirada de nuestro mundo occidental, en democracia, consciente de que los tiempos y convicciones de las distintas culturas de nuestro planeta avanzan de forma diferente. Lo escribo desde mi país de nacimiento, España, sin pretender imponer mi verdad, porque existen muchas verdades compatibles. Somos muchos los que estamos agotados de lo que no funciona en nuestro mundo; muchos los que nos sentimos decepcionados, invadidos por el escepticismo ante promesas que nunca se cumplen; muchos los que estamos ansiosos por encontrar una alternativa posible al sistema capitalista actual.

Las ideas de este ensayo surgen de las contradicciones que percibo y de la constatación de que los problemas no se resuelven; nacen del inconformismo que convierte el problema en búsqueda y lo conocido en pregunta. No estamos siendo capaces de resolver los problemas de nuestra sociedad porque las variables que manejábamos hasta ahora no encajan en el nuevo paradigma de nuestro siglo. Y con estas variables extendidas sobre la mesa propongo que nos paremos a pensar para reconocer qué tenemos, qué no hemos considerado y qué nuevas combinaciones podríamos plantear.

La crisis provocada por la pandemia mundial del coronavirus ofrece un buen momento para esta reflexión económica. La necesidad de proteger

la salud de las personas se ha impuesto al mandato del crecimiento económico; la economía ha tenido que ralentizarse frente a la emergencia sanitaria; y, fruto de la ralentización, el medioambiente se ha recuperado de forma generosa. Nuevas crisis futuras pueden atacar contra la salud, pero también contra el abastecimiento o la libertad. Cada catástrofe toma su forma particular y llega de manera impredecible. El cambio climático, los residuos nucleares o plásticos que acumulamos pueden generar graves consecuencias: no hay que descartar que causen pobreza, migraciones o guerras. Por otro lado, las luchas de poder o la voluntad de controlar la humanidad a través de la gestión de datos personales suponen una gran amenaza. Y este texto trata precisamente sobre el necesario equilibrio que precisa nuestra economía, como variable que articula la sociedad: los excesos económicos, alentados por una ficción de progreso, deben ser reconducidos en beneficio del ser humano.

Los pensamientos que voy a exponer han sido cocinados a fuego lento. La búsqueda ha significado para mí un proceso difícil, sin referentes. Mi disconformidad ante este sistema económico y social, pero también ante las alternativas que plantean los antisistema, me conduce a presentar una propuesta alternativa. Las deficiencias del sistema capitalista actual no han conseguido acercarme a los planteamientos anticapitalistas ya existentes, porque sus propuestas me parecen un retroceso en vez de un avance. Cambiar para retroceder es una equivocación. Prometer una utopía sin considerar la realidad del ser humano es un error todavía más profundo.

No tener todas las soluciones sobre la mesa no es un problema mientras existan líneas maestras de exploración. Los esbozos de una obra creativa, solo con estar apuntados, pueden transmitir toda su fuerza. El talento visionario es aquel que es capaz de ver en los esbozos sus posibilidades, el que sabe discernir lo que son proyectos donde indagar de bocetos simplemente descartables. Ese es el deseo de mi búsqueda.

La tranquilidad de que frente a lo nuevo no disponemos de todas las respuestas es esencial para avanzar en el discurso de este ensayo. Inquietarse a cada momento, querer saber *a priori* cómo se hará o qué planteamientos concretos desarrollará cada idea es anticiparse a lo que todavía no ha llegado. Saber convivir con la ambigüedad es una capacidad necesaria

para adentrarse en terreno inexplorado. Afortunadamente, comparto esta idea con algunos autores a los que admiro, pensadores y emprendedores sobradamente conocidos que, sin complejo alguno, afirman en sus libros que lo disruptivo, lo que jamás se ha explorado, lo que todavía no se ha ensayado, carece de una hoja de ruta definida, con datos fiables que lo avalen. Ante lo nuevo nos guía una idea que hace de faro: la cuantificación viene después.

Hace tiempo que el entorno económico habla de volatilidad, incertidumbre, complejidad y ambigüedad. La reciente pandemia nos ha demostrado con creces que estos cuatro sustantivos definen nuestro sistema económico. Conviene revisar nuestra perspectiva: obsesionados por las últimas décimas de los índices de crecimiento, incapaces de frenar la contaminación, multiplicando sin cesar los desplazamientos de un lado al otro del planeta, infravalorando el valor de la agricultura a favor de las aplicaciones digitales y practicando la competencia salvaje en detrimento de la cooperación, caminamos hacia un escenario catastrófico. Tenemos la necesidad de cambiar de hábitos para poder afrontar el futuro de una manera más sólida.

La ambigüedad y la incertidumbre suponen un freno para ciertos perfiles de personas, que se opondrán a los cambios por carecer de datos que disminuyan la ansiedad que supone cualquier transformación. Afortunadamente, los auténticos líderes son personas que trabajan en esos parámetros: son capaces de no perderse, aunque haya mil caminos y bifurcaciones. Es tiempo de trabajar con estos líderes, de marcar un rumbo e ir avanzando, corrigiendo, aprendiendo y desaprendiendo. Las ideas son la guía más potente para afrontar la verdadera transformación.

El sistema económico que rige nuestro mundo debe dar un salto cualitativo hacia otro nivel de consciencia. Debe ennoblecer al ser humano en su grandeza en vez de hacerlo esclavo. Debe mirar más alto, más amplio y también con mayor profundidad. La economía debe ser reinventada desde sus cimientos, porque la que tenemos no está capacitada para generar el bienestar físico, emocional e incluso espiritual que el ser humano desea y necesita. Hablo de un bienestar físico que comprende desde la salud individual a la salud del planeta, ya que están íntimamente entrelazadas;

de un bienestar emocional que nos permita alcanzar la felicidad, dejando atrás la rabia, la decepción, la tristeza o la violencia; de un bienestar espiritual, a menudo el más olvidado, que nos permita vincularnos a la idea de trascendencia y cuidar a las generaciones futuras.

Por otro lado, el vínculo entre economía y sociedad es incuestionable. Son vasos comunicantes profundamente relacionados. Por eso, una sociedad que pretenda ser libre, próspera, justa y solidaria requiere de una economía que favorezca la libertad, la prosperidad, la justicia y la solidaridad. La pretensión de alcanzar estas cuatro cualidades en nuestra cultura está actualmente atrapada en contradicciones, fallos y distorsiones. Considero que vale la pena proponer ciertas ideas que nos permitan hacer una reflexión profunda sobre el sistema económico. Y así, reinventando el sistema económico, lograremos reinventar el modelo de sociedad.

Retrocedamos al siglo XX como punto de partida. El siglo XX estuvo marcado por la lucha entre dos grandes sistemas económicos: el capitalismo y el comunismo. Ambos sistemas han competido durante décadas para demostrar su superioridad en una larga batalla.

El comunismo pretendió, en su origen, ser más digno y justo que el capitalismo, pero fracasó en su intento. Quiso dar el poder al pueblo y crear una sociedad idílica, pero naufragó al ser incapaz de generar iniciativa individual y al concentrar el poder en unas pocas manos que planificaban para todos. El capitalismo, a la práctica, ha sido el claro vencedor de este pulso. Un ganador rotundo, que no deja lugar a dudas. La riqueza de productos y servicios creada por el impulso emprendedor ha sido colosal. Pero, pese a ganar esta batalla, el capitalismo es sumamente imperfecto y no debería seguir ahondando en sus defectos.

El capitalismo ha tratado de ser mejorado, suavizado o completado a través de diversos enfoques que intentan contrarrestar sus asperezas: el llamado «capitalismo humanista» reivindica el valor de las personas por encima del puro capital; el «capitalismo consciente» defiende que más allá del beneficio estrictamente económico hay que considerar el propósito de una empresa y el bienestar de todos los que forman parte de ella y de la sociedad; el «capitalismo responsable», a través de la responsabilidad

social corporativa da relevancia al compromiso de devolver a la sociedad parte del beneficio con acciones que aporten bienestar social; el movimiento de las «B Corporation» se orienta a solucionar problemas sociales y medioambientales desde los negocios; el «capitalismo inclusivo» aboga por una economía más ecológica y sostenible y el llamado «capitalismo progresista» que aporta una alternativa contundente frente al malestar. Cada una de estas aportaciones trata de corregir o subsanar puntos débiles o desórdenes del sistema capitalista, pero no dejan de ser aspiraciones insuficientes. Lo que propongo es una transformación de mayor calado, en la que lo público y lo privado, lo económico y lo social, lo local y lo global se entrelacen en un único sistema.

Es urgente realizar cambios disruptivos en materia económica para frenar el avance incansable del capitalismo salvaje. Pese a haber aportado mucha riqueza, los excesos del capitalismo son contraproducentes e insostenibles; por tanto, continuar por el mismo camino, aunque lo disfracemos de algo diferente, supondría el fin de las libertades individuales, así como la destrucción del planeta. El comunismo ya no es adversario del capitalismo, por lo que la batalla de las próximas décadas debe enfrentarlo a un nuevo sistema económico que ha de emerger, un sistema capaz de ser útil a la humanidad de este siglo, en este nuevo paradigma. Urge un cambio profundo en los valores de la sociedad y en las legislaciones, partiendo del aprendizaje de aquello que ha funcionado históricamente e identificando aquello que solo ha generado desigualdad, abuso y pobreza.

El comunismo salvaje, que todavía es aplicado hoy por el uso del poder en determinados países, y el capitalismo salvaje, que se aplica de forma global en muchos otros, comparten una misma cosa: el ansia de poder en detrimento de la libertad y la justicia.

Mi propuesta es la búsqueda de alternativas desde el pensamiento crítico, creativo y consciente. Sin capacidad crítica es imposible avanzar: el pensamiento crítico nos abre los ojos y nos da el impulso para generar cambios, rompiendo con la autocomplacencia y el conformismo con lo existente. El pensamiento creativo es el segundo elemento imprescindible para proponer alternativas: implica indagar nuevas fórmulas sin someterlas al juicio destructivo nada más despuntan. Lo sustancialmente nuevo no puede ser

abordado sin planteamientos disruptivos, pues es la creatividad la que aporta ideas inesperadas, desconocidas e incluso contradictorias con el paradigma existente, generando una mirada distinta a la instalada. Sin la creatividad, tenderemos a repetir los mismos o parecidos errores. En tercer lugar, el pensamiento consciente es el que ve la realidad desde una perspectiva más amplia que la del propio interés personal, el que toma en consideración al ser humano como un valor esencial.

Abundan las evidencias de que estamos en la etapa final de un sistema económico capitalista que tiene que ser reinventado: el planeta se llena de residuos, el poder se concentra de forma alarmante, la administración de la justicia es tan lenta que acaba deviniendo pseudojusticia, la idea de privacidad se convierte en una fantasía... Tenemos un sistema que cruje como la madera vieja. La ciudadanía, harta y decepcionada, confía cada vez menos en sus representantes políticos, inmersos a menudo en sus propias guerras cortoplacistas. La democracia está siendo mal utilizada. No hay ideas nuevas.

Es por eso por lo que la humanidad necesita ideas revolucionarias, revolucionarias por su novedad, por su capacidad para romper moldes. Este tipo de ideas causan escepticismo cuando se presentan por primera vez porque suenan raras, o imposibles, pero se afianzan a medida que las comprendemos y descubrimos su utilidad. No son revolucionarias las ideas que habiendo fracasado en el pasado se recuperan disfrazadas de nuevas, aunque se acompañen de campañas *online* del siglo XXI, sino aquellas que no se han considerado pero cambian paradigmas y podrían impulsar cambios profundos en la organización económica y social.

Viene sucediendo en política que la denuncia y la crítica, junto con el deseo declarado públicamente de cambiar las cosas, se acaban quedando solo en un medio para ganar las elecciones y seguir haciendo prácticamente lo mismo. Las promesas que en campaña nos inspiran esperanza acaban resultando estériles, una y otra vez. ¿Por qué? En mi opinión, el motivo principal es la falta de pensamiento sin ideas preconcebidas. La lucha entre derecha e izquierda es infructuosa porque lleva décadas oscilando sobre los mismos temas: unos quieren subir unas partidas y otros bajarlas, unos tiran de la manta hacia un lado y los otros hacia el

lado contrario... El pensamiento y las propuestas se siguen moviendo en parámetros que nos resultan familiares, con mentiras que se repiten con pequeñas variantes. La decepción y el aburrimiento se extienden, pues todas las alternativas se disputan en un marco de creencias obsoletas.

En este panorama desalentador, surgen los antisistema, de derecha o de izquierda, para enfrentarse a lo establecido. Sin embargo, oponerse a algo no sirve si no se proponen creativamente alternativas posibles. Un futuro mejor no se logra solo con oposición, sino con ideas innovadoras. Es necesario generar ideas y ponerlas en común, debatirlas y probarlas para definir el mejor camino. Si simplemente seguimos dando vueltas a lo que ya conocemos, seguiremos obteniendo siempre los mismos decepcionantes resultados.

La revolución necesaria es la de construir un nuevo sistema, un nuevo orden económico y social que funcione significativamente mejor que el actual. Se trata de diseñar y de llevar a la práctica un sistema basado no ya en el capital, sino en la generación de valor, material e inmaterial. La riqueza material no puede lograrse a costa de valores como la libertad, la justicia, la solidaridad y la sostenibilidad. El valor, en su doble vertiente, material e inmaterial, se genera con un enfoque sistémico integrado que pueda aunar riqueza y responsabilidad.

Lo que no está inventado no puede ser medido o planificado con la exactitud de lo conocido y probado. Pero medir o planificar algo que ya no funciona tampoco resuelve el problema; es más, quedarse pegado a lo conocido solo expresa miedo a probar nuevas soluciones. Mi propuesta es ir tanteando ideas, sin abandonarnos a la deriva, con confianza en el fin que estamos buscando. Es tiempo de personas íntegras que tomen la transformación económica y social como una misión personal, porque la resistencia del entorno será enorme. Lo doy por hecho. Todos los grandes cambios se vieron primero como absurdos o inviables. Pero ya es hora de dejar a un lado el miedo o la pereza y de empezar a esbozar alternativas serias para mejorar nuestra vida y la de aquellos que vendrán después.

¿Vemos algunas opciones?



VALUISMO

El mundo lo cambian
personas que apuestan
por una visión consciente
que otros todavía no
comparten.

1. REINVENTAR EL SISTEMA ECONÓMICO Y SOCIAL

Estamos en un momento histórico en que los cambios se suceden más rápido que nunca. Desde la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII, pero sobre todo durante los siglos XIX y XX, el curso de la historia ha sufrido una aceleración brutal, intensificada por el desarrollo de la tecnología y los medios de comunicación. Reinventarse es una necesidad cuando todo cambia y, en el momento actual, en que todo cambia tan rápidamente, es urgente mantenerse despierto para no quedarse atrás.

Son muchas las personas y organizaciones en todo el mundo que están reimaginando sus productos, sus servicios y sus procesos para hacer frente a esta aceleración sin precedentes. La dimensión tecnológica es un eje indiscutible usado por muchas empresas para reinventarse en este nuevo paradigma. Que la World Wide Web apareciera en 1990 y los modernos teléfonos inteligentes en 2007 solo pone de relieve el ritmo de los cambios tecnológicos que estamos presenciando. El año 1990

era ayer y el año 2007 hace solo unas horas. Muchos emprendedores y empresas innovadoras están liderando una revolución tecnológica imparables que ejemplifica la capacidad de reinención que posee el ser humano. Pero con tanto ruido al respecto parece que el mundo se esté reinventando completamente, y no es así. Muchos aspectos sociales, económicos y culturales de nuestra colectividad siguen estando estancados en el pasado.

Reinventar el sistema económico y social es mucho más que incorporar tecnología y digitalización. Esta es una idea esencial de mi exposición. Reinventar un sistema es replantear sus valores, sus estructuras y sus propósitos desde los cimientos. Es ahondar, buscar nuevos planteamientos, cuestionar nuestras acciones para hacerlas con una nueva perspectiva: aquella que sea más práctica, más útil, que no es siempre la digital. Saber discernir entre los falsos y los verdaderos adelantos es misión de la consciencia. Digitalizar un procedimiento burocrático obsoleto jamás será un adelanto. Es un adelanto el saludo amable del que entra al lugar de trabajo con deseos de cooperar, así como lograr que se active la energía de un equipo de forma positiva, con digitalización o sin ella. Es un adelanto pensar de forma sistémica y global. Es un adelanto la honestidad y el abandono de la demagogia. La digitalización, capaz de embelesar nuestras mentes, es solo un medio y nunca un fin en sí mismo.

Como todos sabemos, el funcionamiento de nuestra economía depende de una doble realidad: la pública y la privada. El ámbito privado avanza sin contemplaciones y sin estar sometido a las urnas. Sus objetivos son claros en busca de competitividad, crecimiento y beneficio. Las empresas privadas nos sorprenden constantemente con innovaciones inéditas que han cambiado y siguen cambiando nuestra forma de vivir. El entorno las impulsa a innovar por su propio deseo de supervivencia. La cuarta revolución industrial, la de las máquinas y los robots, ya está irrumpiendo a toda velocidad.

El ámbito público, por contra, tiene otras muchas responsabilidades, distintas del beneficio económico; debe administrar la economía pública de la manera más eficiente posible para garantizar la justicia, la educación, la sanidad y muchos otros derechos ciudadanos. Sin embargo, muchas de estas obligaciones no son atendidas en la práctica porque los máximos

responsables del poder público están en otras cosas. Los líderes desean mantenerse en el poder y están sometidos a las urnas. Sus objetivos se decantan más hacia la propia imagen y la comunicación política que hacia la eficiencia de la organización pública. La confrontación política y el electoralismo permanente concentran la energía de los dirigentes políticos en su supervivencia, restando foco a su tarea de reinventar internamente las instituciones.

La distinta realidad de los ámbitos público y privado ha traído como consecuencia que las empresas se reinventen a un ritmo mucho más acelerado que las instituciones públicas. Dicho de otro modo, lo privado va muy por delante de lo público, y este desfase se está convirtiendo en una amenaza para el desarrollo de la sociedad, porque una sociedad saludable solo es posible con el encaje adecuado de ambos ámbitos. Avanzaremos como sociedad si analizamos sus interacciones y evolucionamos de forma integrada.

Así pues, mientras surgen proyectos innovadores por parte de empresas privadas con capacidad para cambiar el mundo con sus productos y servicios, las administraciones públicas confunden la digitalización y la creación de múltiples versiones de servicios y normativas con el verdadero progreso. Ante esta situación debemos hacernos una serie de preguntas: ¿cómo se va a reinventar lo público?, ¿vamos a continuar con el mismo sistema financiero global?, ¿vamos a seguir con las mismas, o muy parecidas, leyes de libre competencia?, ¿acaso el mundo va a cambiarse solo desde la iniciativa privada?

La historia nos ha traído transformaciones radicales en lo político y lo social, fruto de la consciencia. La democracia supuso, sin duda, un cambio profundo frente a las monarquías absolutas y las dictaduras. Sin embargo, el pensamiento de que habiendo alcanzado la democracia y la llamada «sociedad del bienestar» lo tenemos todo hecho es un error. Se necesitan nuevos cambios en valores y creencias para construir un mundo que haga frente a las injusticias, la concentración de poder, la contaminación y todos aquellos problemas que siguen siendo el día a día de nuestra sociedad.

Con este fin, propongo nuevos significados para estos cuatro paradigmas en el siglo XXI: el paradigma de la libertad, el paradigma de la creación de riqueza, el paradigma de lo público y el paradigma de la justicia.

El primero de ellos es el paradigma de la libertad. ¿Avanza nuestra sociedad de forma que seamos cada vez más libres? Claramente no. La lucha por la libertad humana se fue ganando históricamente: la esclavitud dejó de ser legal, las mujeres obtuvieron el derecho al voto, la libertad sexual o la libertad religiosa se fueron conquistando como derechos irrenunciables de los seres humanos... Sería lógico suponer que el camino hacia una mayor libertad va a seguir avanzando en el futuro. Pero no es así: la libertad en nuestra sociedad actual está seriamente amenazada, en regresión. Es evidente que las formas en las que se expresa la libertad en cada época cambian: para el esclavo, la libertad era liberarse de las cadenas o del amo que lo había comprado; para el preso, la libertad es salir de la cárcel y recuperar su derecho a ir o hacer lo que quiera. Para el ciudadano del siglo XXI, la libertad es un concepto intangible. Es el respeto a su capacidad de emprender, de escoger trabajo y residencia y, sobre todo, de recibir información no manipulada. La libertad no es solo tener derecho al voto o libertad de expresión, es también tener la garantía de no ser usados ni coaccionados por nadie. El concepto de libertad debe ser reinterpretado y ampliado para hacer frente a los problemas de este siglo.

El segundo paradigma es el de la creación de riqueza. Se trata de indagar cómo puede ser creada la riqueza sin destruir valor. Fabricar productos altamente deseables haciendo daño a la sostenibilidad del planeta es destruir valor, lo mismo que diseñar ofertas atractivas mediante prácticas de empleo abusivas o promesas engañosas. El reto también consiste en aprender a crear riqueza real sin sembrar el camino de la especulación financiera. Necesitamos consciencia para que el sistema financiero construya valor eliminando sus malas prácticas.

El tercer paradigma es el de lo público y está relacionado con la transformación de los estados y las administraciones públicas. Los estados poseen estructuras gigantes que esconden mil ineficiencias en los rincones. La simplificación de estos armazones burocráticos desvelaría

estructuras fantasma y procesos duplicados o inútiles que deberían disolverse. Estas cuestiones, que en las organizaciones privadas son resueltas en busca de una mayor eficiencia, se convierten en asuntos totalmente olvidados en el ámbito público, cuya resolución no parece interesar a nadie. La responsabilidad de los gobernantes como gestores de la Administración pública se diluye entre la búsqueda de lo políticamente correcto y otro tipo de cuestiones que les interesan bastante más, como alcanzar nuevas cotas de poder.

Lamentablemente, el ciudadano es el menos importante en esta historia: simplemente se le utiliza. En campaña electoral se le recuerda lo valioso que es, pero, después, se olvidan las promesas que se le hicieron. Los políticos no pueden dejar de hacer sus promesas, aunque estén vacías, pues los votos son los avales que brindan una larga carrera política y un montón de influencias. Hemos creado una democracia ficticia que se nutre de falsas verdades y mentiras creíbles. Enzarzados los gobernantes en los menesteres del poder, la auténtica y profunda administración del Estado queda desatendida, en un terreno del que nadie se hace responsable.

El cuarto paradigma es el de la justicia y la dignidad humana. No puede darse conformidad a un sistema que no garantice la correcta Administración de justicia en tiempo y forma. Sin poner en duda en ningún momento la presunción de inocencia, considero que no puede ser aceptable un sistema en que las sentencias se retrasan años y años mientras el delincuente o estafador goza de su libertad sin condiciones. Una justicia tardía es una falsa justicia o pseudojusticia. Mientras el proceso judicial avanza lento y pesado, el perjudicado puede sufrir daños irreparables que ninguna indemnización podrá compensar. El que muere por no disponer de una medicación o el que se queda sin patrimonio por causa imputable a otro sufre durante demasiado tiempo sin que a nadie parezca importarle. La justicia necesita ser administrada en plazos cortos o, cuanto menos, asumibles. La búsqueda de justicia no puede ser una carga interminable, ni una pesada cruz, ni una odisea. La justicia no es solo un pilar esencial del sistema de libertades, es el garante incuestionable de las mismas.

Queda mucho por hacer. Creo en la iniciativa de las personas y en la propiedad privada. Defiendo el derecho de las personas a crear grandes

patrimonios con medios legítimos. Creo en la libertad que nos hace diferentes, porque no todos trabajamos del mismo modo, ni asumimos los mismos riesgos, ni debemos alcanzar las mismas recompensas. Querer hacernos a todos iguales es indeseable a la vez que imposible. Creo que los estados deben preservar esta libertad como un derecho fundamental. Pero también abogo por una libertad que necesita límites, porque sin límites no hay libertad: la libertad de unos no puede comprometer la de otros. Desde estas páginas, me comprometo a aportar propuestas para una transformación realista, descartando ideologías o utopías que actúen de refugio frente a la incertidumbre. El reto de este ensayo es reinventar lo público y la relación público-privada. ¿La clave? Una sinergia que genere valor.

2. PRIORIZAR LA GENERACIÓN DE VALOR EN EL SISTEMA

El término «valuismo» ya existe en el ámbito del diseño industrial. En este contexto, hace referencia a que, debido al proceso de selección natural, sobrevivirán en el mercado los artículos y las empresas que proporcionen mayor valor con sus productos y servicios; un valor en el que se tienen en cuenta las prestaciones, los recursos empleados, la reparabilidad, la interacción con el medio ambiente y la seguridad. Es, a todas luces, un concepto interesante, porque trabaja en favor de maximizar el valor para el usuario y para el entorno. De alguna manera, guarda conexión con el valuismo que aquí expongo. Los une la idea de valor, aunque se mueven en dos ámbitos completamente diferentes.

El valuismo aquí es una propuesta para una nueva economía basada en el concepto de «valor». No es comunismo ni capitalismo. No es el resultado de tomar lo bueno del capitalismo y lo bueno del comunismo. No es un término medio ni una combinación. Es otra cosa. Es la economía que preserva el valor, la que presta atención al valor de aquello que se puede

comprar, pero también al valor de lo que no está a la venta pero representa calidad de vida para el ser humano.

El valuismo se diferencia del comunismo y del capitalismo en que ambos sistemas comparten ciertos elementos nocivos que deben resolverse. El más importante es la concentración de poder. En el comunismo, una élite concentra el poder en nombre del pueblo y, en el capitalismo, lo hacen las grandes corporaciones a las que denomino «intocables». Al poder desmedido hay que ponerle límites, cosa que ni el comunismo ni el capitalismo han sabido hacer. El segundo de los elementos nocivos que comparten es una desatendida Administración de justicia. La justicia, sin embargo, es una prioridad del valuismo.

Hablar de poder y de justicia puede parecer un discurso social —y, de hecho, lo es—, pero sus raíces y sus soluciones están entroncadas con lo económico. La concentración excesiva de poder económico conduce a distorsiones en la aplicación de la justicia. Una visión sistémica es imprescindible y, fuera de ella, toda solución a un problema no es más que un parche a corto plazo.

El valuismo constituye una nueva filosofía económica y social basada en la generación de valor sostenible, que implica generar riqueza sin destruir por el camino las fuentes de esa riqueza. El beneficio a corto plazo es superado por el concepto de «valor», con mirada a largo plazo. El valuismo busca un beneficio amable, creado con buen criterio, con colaboración y con calma, una calma que no proviene de la dejadez, sino de la reflexión, la solidez, la cordura, la sensatez y el equilibrio. También del ingenio y la simplicidad.

Generar valor es crear riqueza con principios, porque no todo puede regirse por el enriquecimiento económico. Un oxígeno limpio no es dinero, pero es riqueza: que no paguemos por él no significa que no sea parte del patrimonio común de la humanidad. El agua limpia de un río también lo es, así como los bosques o los océanos. Son elementos tangibles que nos pertenecen a todos sin que tengamos que pagarlos. Pero también

son riqueza y nos pertenecen a todos los elementos intangibles, como la libertad, la creatividad o la compasión. Si perdiéramos estos valores que no tienen precio nos daríamos cuenta de su excepcional importancia. A través de la consciencia, debemos aprender a valorar estas riquezas sin necesidad de llegar a perderlas.

El valuismo es la filosofía para crear valor. Como hemos dicho, valor económico, social, cultural y espiritual, de nuevo comprendido en un sentido amplio, trascendente y en relación con las generaciones futuras. Con este enfoque, el ser humano no es simplemente un objeto para la transacción o el consumo. Sin embargo, no podemos vivir de buenos propósitos e intenciones si faltan puestos de trabajo, si no hay adelantos tecnológicos, si no hay medicinas; el concepto «valuismo» incluye la búsqueda de equilibrio entre lo material y lo inmaterial. Su propósito es lograr la mejor combinación de valor. Exagerar la dimensión económico-transaccional de nuestra existencia es un error, tanto como engrandecer una dimensión utópica de ideas que no proporcionan los mínimos recursos materiales para la subsistencia.

Los 15 principios del valuismo son los siguientes:

1. Desarrollo de la consciencia, apertura a la coherencia
2. Impulso del pensamiento crítico y creativo
3. Generación de valor en el sistema, material y no material
4. Defensa de la libertad real reduciendo la concentración de poder
5. Defensa de la economía real y no especulativa
6. Impulso de una justicia independiente y en tiempo
7. Visión a largo plazo: valores, educación, innovación, infancia y planeta
8. Gobernanza global en lo que no puede compartimentarse
9. Integridad para desinstalar conflictos de interés
10. Cuidado real de las personas en la enfermedad y la dependencia
11. Promoción de la sencillez como expresión extraordinaria de inteligencia

12. Respeto por la libertad individual y la diversidad
13. Lucha contra las prácticas violentas o engañosas
14. Impulso de una vigilancia efectiva
15. Desarrollo de líderes conscientes

Estos 15 principios están expresados transversalmente a lo largo de la exposición. Irán explicándose y detallándose a través de los contenidos de los distintos capítulos, entrelazándose entre las diferentes ideas a las que hago referencia, porque forman parte de un sistema. No son compartimentos estancos y, por tanto, su exposición no puede ser secuencial. La compartimentación es un error en un entorno de cambio porque impide ver la globalidad del sistema. Justamente, muchos de los problemas que tenemos proceden de objetivos y visiones parciales, mientras que la genuina creación de valor procede de un sistema global y bien coordinado.

Con el deseo de perfilar el valuismo, vuelvo a los dos modelos económicos que han protagonizado la batalla del siglo XX.

En el comunismo, la palabra «común» indica que no hay propiedad privada. Al negar el derecho a la propiedad privada, se niega la iniciativa y el interés personal, que pasa a verse como una lacra, como algo que se debe extinguir, como un problema social. Mi convicción es que no lo es, en absoluto. La propiedad privada se ha visto siempre como un asunto económico, pero es en realidad una cuestión psicológica: por mi hijo me quedo sin dormir, pero por el de otros es más difícil que lo haga; me ocupo de lavar mi coche, pero no lavo, de paso, el del vecino. Es decir, lo primero me da satisfacción y lo segundo me podría llegar a causar enojo. La conciencia me puede ayudar a pensar no solo en mis propios intereses, sino también en los de los demás, pero creer que lo «común» moverá el mundo en todas sus facetas es señal clara de ingenuidad.

En cuanto al capitalismo, la palabra relevante es el «capital». El dinero se convierte en el anhelo más deseado; constituye la fuente del crecimiento y la llave de la influencia y del poder. Las personas se miden y son admiradas por el capital que tienen o amasan. Todos queremos ser ricos de

mil formas, como es el caso de futbolistas millonarios, emprendedores de éxito o *influencers* famosos. Nuestra forma de vida discurre alrededor de lo que podremos hacer o comprar con el dinero conseguido. Vivimos en la sociedad del consumo, en la que lo que cuenta es poseer. El capital nos define y nos abre oportunidades.

En el valuismo, la palabra clave es «valor». El valor se crea con riqueza material e inmaterial, a través de la propiedad e iniciativa privada y el respeto a la dignidad humana. Es una filosofía integral, que no hace compartimentos estancos. Une economía y sociedad, riqueza y dignidad, libertad y justicia, individualidad y solidaridad. El valuismo no pretende ser perfecto, porque nada lo es, pero puede llegar a ser la mejor alternativa posible al capitalismo actual. Si se trata de dar pasos en la buena dirección, el valuismo es, a mi entender, el siguiente mejor paso.

¿Hacia dónde debemos evolucionar para aportar valor en todas las facetas de nuestra sociedad? Debemos ir hacia un entorno que está por construir, sin regresar a lo conocido, sin volver a ideologías que nos daban seguridad pero se han probado fallidas. El pasado es el pasado: su mayor virtud es poder aprender de él, tomar sus referencias y evolucionar hacia algo mejor.

El comunismo no supo aportar valor porque despreció el valor del talento personal y de la asunción de riesgo. Quebró el valor de la diversidad al concentrar el poder en la élite, que decidía lo que era bueno para los demás. Rompió el valor de la libertad de múltiples formas. Hubo que levantar muros para que nadie escapara, porque las personas huyen de la falta de libertad y prosperidad.

En cambio, el capitalismo sí ha aportado valor material: las estadísticas de creación de riqueza están disponibles para contrastar esta afirmación. Se producen alimentos en abundancia, tenemos agua potable y productos farmacéuticos. Tenemos medios de transporte y sistemas de comunicaciones. La distribución desigual de esta riqueza es otro asunto, pero el capitalismo sin duda ha aportado abundancia material.

Asimismo, ha generado valor social al crear puestos de trabajo: es su gran aportación a la sociedad. Adicionalmente, los recursos cosechados por los tributos del sector privado permiten dar asistencia sanitaria, educación, infraestructuras y otras tantas cosas. Y hay más. El capitalismo ha creado valor cultural: los artistas pueden expresarse y crear sus obras, teatrales, literarias, pictóricas o escénicas. Aunque lo creado sea imperfecto y mejorable, no hay duda de que se ha creado valor.

Pero el capitalismo llevado al límite se ha convertido en salvaje, egoísta e inconsciente. Está manejado por poderes que nadie ha votado, que se imponen por la fuerza del propio capital. Crea valor y destruye valor al mismo tiempo. Es necesario orquestar de nuevo el sistema cambiando determinadas reglas. Es necesario dar el paso del capitalismo al valuismo.

El valuismo se basa en la propiedad privada y en la iniciativa de las personas, pero combate el hecho de que la ambición de unos se imponga sobre la de los demás, acaparando el monopolio de facto o el oligopolio entre empresas que, aunque parecen competidoras, comparten el objetivo de mantener el control sobre la oferta. La libertad desbordada de unos no puede coartar la libertad de otros; es necesario regular una mejor distribución de la libertad como bien social.

El valuismo valora positivamente que las personas tengan ideas geniales y acumulen patrimonio, pero no hasta el punto de que dominen el mercado global con su capacidad de negociación e influencia. La libertad de mercado debe tener límites para garantizar su verdadera naturaleza. Cuando una empresa es muy grande y poderosa, sus abusos no encuentran reparo ni castigo, porque no hay quien pueda enfrentarse a ella.

Las leyes para la defensa de la libre competencia, la que lucha contra los monopolios y los oligopolios, están caducas; no hay más que ver el modo en que el poder se está acumulando. El poder de las grandes corporaciones es tan tangible que ignorarlo pone de manifiesto un absoluto conformismo o una enorme cobardía. Es más fácil y más cómodo ir a favor de la corriente y más rentable estar al servicio del *statu quo*.

El valuismo quiere hacer respetar los derechos de todos los seres humanos. Sin embargo, no pretende hacernos a todos iguales, porque no todos estamos dispuestos a asumir los mismos riesgos, no trabajamos lo mismo, ni tenemos los mismos talentos. Desde el reconocimiento de nuestras diferencias, que existen y deben existir en función de la voluntad y las decisiones de cada uno, el valuismo quiere legislar para reducir la excesiva concentración de poder que quiebra la libertad y la justicia. Me atrevo a afirmar que el comunismo no es garante de la voluntad del pueblo y que el capitalismo actual no es garante de la libertad que tanto propugna.

El valuismo no trabaja en favor de una utopía, sino de un cambio posible. Se basa en lo que hay, en lo que ya funciona, y elimina sin trabas lo que destruye valor. Este concepto implica la creación de un nuevo sistema de valores, de legislaciones, de relaciones, una revolución económica y social. Cada una de las ideas que propongo a continuación es una pincelada para desarrollar este nuevo sistema. No pretendo realizar un análisis exhaustivo, sino alentar a buscar formas nuevas de pensar. He elegido voluntariamente no usar cifras, ni referencias a autores, para poner el foco en las ideas. Mi intención es no quedar atrapados en los datos que nos impiden pensar con libertad porque nos asusta perder el control sobre lo que implican los cambios. Mi exposición está centrada en determinadas ideas que considero fundamentales, sin que por ello quiera restar importancia a otros aspectos en los que no entraré. Como dije antes, no hay nada perfecto: tampoco este texto.